

De la mañana, plácidos arrulaban
 Los elevados chopos y los fresnos
 Que los ruidos del pajaro tachean
 Y anunciaban un dia esplendoroso
 Las nubladas estrellas titilaban
 Al irse hundiendo rapidas y Gocoso
 Gorgoleaban en tanto los coros
 Y alababan las lindas palomas
 Mientras fragancia dulce se percibe
 Al abrirse las flores que dormian
 El joven á la alcohol se dirige
 Tal vez á descansar, mientras detiene
 Su fulgor esplendente el nuevo dia
 O acaso á lamentar de sus hermanas
 La suerte funeral que las aguarda
 Y a quienes ya tal vez nunca sus ojos
 Volverán á mirar entristecidos
 Y derramando lágrimas dolientes
 Se arrojó sobre el hecho silencioso
 Esperando que el cetro suave
 Que ya arulla á las flores romositas
 Al pasar por su frente, se de xivio
 Y milligue tal vez sus aflicciones

Mozabados con el himno de la gloria
 Como anuncio feliz de la victoria
 Las fortalezas, al venir el dia
 Alizar sus banderas esplendorosas
 Con cien salvas saludan victoriosas
 El blason inmortal de la victoria
 Recorren la ciudad engalanada
 Los valores del pueblo — contento
 Sus armonías místicas modula
 A este recuerdo, el público entusiasmo

CANTO CUARTO.



A amaneció otra aurora: el sol brillante
 Alumbra un nuevo día, y los franceses
 Sólo á lo lejos las almenas miran
 Que de Puebla coronan los palacios
 Sobre el San Juan sus fuerzas concentrando
 En número mayor, las aglomeran
 Al Occidente; acaso vacilantes,
 No se deciden á atacar la plaza
 De los invictos héroes que vencieron
 De Crimea á los ínclitos soldados,
 Invincibles guerreros del Oriente.

En la cima inmortal del Guadalupe,
 Al toque de las dianas sonoras
 Con que la nueva aurora se despierta,
 Nuestro glorioso pabellón se arbola,
 Porque el grato recuerdo de este día
 Dulces memorias á la patria inspira,
 Espléndidas victorias nos augura,
 Y preconiza un porvenir de gloria.
 Del hombre de la fe de la República
 Hoy todo un pueblo el nacimiento canta,
 Y la ciudad invicta entona cánticos

Mezclados con el himno de la gloria,
Como anuncio feliz de la victoria.

Las fortalezas, al venir el día,
Al izar sus banderas esplendentes,
Con cien salvas saludan victorioso
El blasón inmortal de la República;
Recorren la ciudad engalanada
Los vítores del pueblo que contento
Sus armónicas músicas modula.

A este recuerdo, el bélico entusiasmo
Cunde doquiera, y por doquier se apresta,
Lleno de animación, el pueblo entero.

En tanto el extranjero sus cantones
Dilata en torno á la ciudad, y activa
Sus movimientos ya. Mientras las horas
De la mañana avanzan, las columnas
Enemigas se agitan; por el Norte
Y por el Sur, veloces se destacan
Fuerzas impetuosas, desfilando
Sus carros y su fuerte artillería;
Se ordenan las columnas de batalla,
Se repliegan las tiendas, se enjaezan
Los briosos caballos del desierto,
Y todo el día mueven sus legiones.

Al comenzar la tarde, las llanuras,
Que sus alfombras al Ocaso tienden
Esmaltando de verde las campiñas,
Y las que al Norte la Malintzin besan,
Están límpidas, puras; ni la bruma
Se reclina en sus céspedes hermosos,
Ni el vapor vespertino de los ríos
Intercepta la luz del sol poniente.

Súbito entre estos campos se divisan
Unas lejanas cintas de colores
Que brillan con la luz del sol fugaces,
Así como de lejos en los llanos
Se ven las mieses, al sentir del viento
Las ráfagas suaves, que se inclinan
Y brillan las espigas que se doblan
Formando un movimiento compasado,
Así de pronto entre las verdes mieses
Del campo, las columnas se divisan
Entre Aquilón y Ocaso; se detienen
Un poco las guerrillas ofensoras,
Se tiende al suelo, temeroso, el zuavo,
Mientras que sus caballos que relinchan
A la izquierda flanquean, dirigiéndose
A la tendida falda de Malintzin
Huyendo del terrible mexicano
Que le arroja la muerte por doquiera,
Truena el cañón que las columnas diezma
Del agresor; resístese un momento,
Pero se cansa al fin y huye espantado
El atrevido galo. Allí los hijos
De las montañas enriscadas de oro
De Guanajuato, al pérfido escarmientan!
Entre el humo que denso se dilata
Como pesada bruma por el campo,
Se levanta veloz la infantería
Entre la mies cubriéndose, y á Oriente
Del Loreto á la falda se dirige
Al huirse, entre el polvo y entre el humo,
Por las sinuosidades del terreno.
Mas listos los guerreros mexicanos,
El movimiento observan, y de pronto
Cinco globos de humo de la cumbre

Se desprenden violentos: se ve un brillo,
 Y el trueno horrible en la campiña estalla.
 Se levanta de polvo una ancha zona
 Haciendo retirar al enemigo
 Que se aparta y se aleja, y va á perderse
 Tras las tendidas lomas. Entretanto
 Sobre los llanos de esmaltada grama
 Que extienden del Oriente al Mediodía
 Sus pingües abundantes sementeras
 El cañón mexicano estrepitoso
 Arrasa los trabajos enemigos;
 Y en tanto el sol declina al Occidente
 Ocultando su luz tras las montañas,
 Tímido el enemigo se repliega
 Llevando escarmentado, sus cadáveres,
 Como premio á su audacia y ardimiento.
 Viene entretanto envuelta entre celajes
 La tenebrosa noche, confundiendo
 Los campos y los montes, y la altura,
 Que entre la densa obscuridad se hunde:
 De improviso mil negros nubarrones
 Y cúmulus y cirrus en mil grupos
 Se elevan por el Norte amenazando
 Con la lluvia envolver al universo.

De repente, á intervalos, á lo lejos,
 Sobre los extendidos horizontes
 De tiempo en tiempo brillan los relámpagos,
 Mientras que en la ciudad listos y alerta
 Están los mexicanos defensores.

Ortega, por doquier, entusiasmado
 Al ejército libre se presenta:
 De Guanajuato á los valientes hijos

Felicitó, y á todos los guerreros
 Que en esa tarde al invasor probaron
 Que dignos hijos son de un pueblo libre.
 En el silencio de la noche obscura
 Cuyas tinieblas interrumpen sólo
 Las luces de Bengala que se arrojan
 Para explorar los campos enemigos;
 Éstos, llenos de afán, rompen la tierra
 Para ocultar su gente y su cañones.
 Del San Juan por la falda del Oriente
 El eco se oye de la fuerte zapa
 Que los caminos abre paralelos
 Para avanzar, cubiertos, al abrigo
 De las terribles, fuertes baterías.
 Así la noche tenebrosa pasa,
 Y creyendo al abrigo de sus sombras
 Que los zaragozanos batallones
 Duermen y distraídos se descuidan,
 El enemigo abalanzarse piensa.
 Media noche pasó, y cuando el peso
 Del sueño se apodera de los ojos
 De los mortales, forma una columna,
 Y al fuerte del Demócrata se arroja.
 Mas vigilante, alerta, la percibe,
 Y el sordo trueno que estallando avisa
 Que allí valor, y vigilancia, y fuerza
 Existe; al enemigo el trueno espanta
 Y se aleja veloz, despavorido.
 Pasan carros, y trenes, y soldados,
 A favor de la noche soñolienta,
 Y fueron de los tiros acertados
 De nuestras fuerzas que oyen el ruido
 De esas columnas que á Occidente cruzan.
 Fresca y brillante anúnciase la aurora

Del nuevo día; la lluviosa noche
 Ha dejado los campos esplendentes,
 Y al sentir esas brisas aromosas
 Que sacuden las hojas de los árboles
 Y hacen temblar las gotas de rocío
 Sobre el pétalo blando de las flores.
 Saltan los pajarillos gorjeando,
 Mientras en la ciudad las golondrinas
 Despiertan al que duerme soñoliento.
 Ya los celajes cándidos y nácares
 Por el Oriente anuncian á la aurora,
 Y un reflejo rosado las alturas
 Cubre y de los volcanes la alta cima,
 Cuando un grupo se mira allá á lo lejos
 Que al cerro de San Juan se va acercando:
 Ayudados del óptico instrumento,
 Se miran del desierto los caballos
 Que al trote van, las crines vagarosas
 Dando al aire rizadas y soberbias.
 Tras ese grupo flota una bandera,
 Que un ginete conduce, precediendo
 Al general en jefe de los galos.
 Cien gallardos ginetes ataviados
 Con decorosos, bellos uniformes,
 Cercan al general. Al acercarse
 Y pasar por aquellos campamentos
 Suenan estrepitosos los clarines
 Y marcha baten, y el pendón de Francia
 Tremolan, mientras se iza la bandera
 En la tienda del jefe. Desde luego
 Con rapidez trabajan por doquiera:
 Ya en la falda del cerro, hacia el Oriente,
 Están las baterías; los morteros
 Sus bocas tenebrosas dirigiendo

A la ciudad, anuncianle la muerte,
 Desolación y fuego formidables.
 Ya se prepara el horroroso asalto,
 Ya se disponen los esfuerzos todos
 Del soldado que en cien y cien batallas
 Del Africa quemada, vencedora
 Ostentó su magnífica bandera;
 De Argel el asesino está ya listo.....
 Y en tanto Ortega la ciudad recorre;
 Orestes otra vez, á los soldados
 Palabras de entusiasmo les dirige,
 Y así les habla con ardiente acento:

“; Hijos de Zaragoza esclarecidos!
 “ El esclavo imperial, Forey, el héroe
 “ De veinticinco triunfos, nos contempla
 “ Y aun el freno detiene á su caballo,
 “ Y vacila, y no acierta, y no se atreve
 “ Sus glorias á exhumar de Guadalupe!
 “ Recuerda á Laurencez, ve cómo ondea
 “ El pabellón del pueblo mexicano,
 “ Y al ver que cubre con su augusta sombra
 “ De Zaragoza la ciudad triunfante,
 “ Se espanta, y despechado, mil ideas
 “ Siente por su obstinado pensamiento.
 “ Acumula elementos formidables,
 “ Pretende, aunque se espanten las naciones
 “ Más bárbaras del orbe, dar ejemplo
 “ De estúpida maldad, de horrendo crimen,
 “ Y ha decretado en su brutal encono
 “ Que corra sangre, aunque con ella ahoguen
 “ Las glorias de la Francia de otros días!
 “ Mas no importa, guerreros del Oriente;
 “ Del imperio los pérfidos esclavos

" No hollarán á la invicta Zaragoza,
 " Antes que con su sangre hayan marcado
 " El camino fatal de su deshonra.
 " Muramos ó vengamos! Rusia un día
 " Con sangre señaló la senda estrecha
 " A Napoleón el Grande, y al pasarla
 " Desde lejos miró que Santa Elena
 " En medio de los mares africanos
 " Se arrullaba al estruendo de las olas
 " Para esperarle en medio de sus rocas,
 " Con su honda sepultura. Zaragoza
 " También espera en sus altivos muros
 " Mirar correr la sangre de los francos
 " Para decirle á Napoleón Tercero
 " Que para el despotismo de su raza,
 " Hay un astro fatal que brilla en Mayo!"
 Dijo, y siguió llevando por doquiera
 Palabras de esperanza y de consuelo.

Ortega, en tanto, sin cesar recorre
 Todos los campamentos, y visita
 Todos los hospitales, donde alivia
 A los valientes héroes que se agobian
 Al peso de sus bárbaros dolores:
 A unos dándoles ánimo constante,
 A otros dándoles oro, socorriéndolos;
 Y á los más distinguidos les coloca
 En el pecho que hirió la fiera bala
 Las cruces del honor y de la gloria,
 A todos estrechando cariñoso.
 La mañana apacible transcurría,
 Cuando de un hospital iba saliendo
 Ortega con el alma traspasada
 De pena y de dolor, porque sufrían

Los queridos soldados de su patria;
 Pero también de gloria conmovido
 Porque ni una palabra, ni un acento
 Oyó de aquellos labios que exhalaban,
 Ni queja débil, ni fatal reproche;
 Y más bien escuchó de aquellos héroes
 Palabras de entusiasmo y de esperanza.

Meditabundo y con afán, doquiera
 En grandes pensamientos se perdía
 Su alma mirando al porvenir grandioso,
 Cuando una mujer bella le detiene
 El paso con amables ademanes.
 Era una mujer de ardientes ojos,
 De mirada de fuego y voz sonora,
 Talle elevado y formas delicadas,
 Que en medio de dos jóvenes venia,
 Y al saludarle con modestia, dijo:

" Invicto general, cuando mi patria
 " Del invasor sajón se vió ofendida,
 " Luchando con heroica bizarría
 " Allá de Churubusco en las murallas,
 " Mi esposo sucumbió, de gloria lleno!
 " Estos dos hijos que miráis, apenas
 " En la cuna tranquila se arrullaban,
 " Mientras que yo vertí glorioso llanto
 " Sobre la frente del que fué su padre,
 " Y al sepulcro tranquila le conduje;
 " Porque murió por defender su patria,
 " Cumpliendo del patriota los deberes.
 " Los hombres que después la sangre hollaron
 " De esos ilustres mártires, y el oro
 " Recibieron que el precio les pagara